

JOSEPH BÉDIER

LA HISTORIA
DE TRISTÁN E ISOLDA

PRESENTACIÓN
DE GASTON PARIS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE LLUÍS MARIA TODO

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le roman de Tristan et Iseut*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2011 by Lluís Maria Todó Vila
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15277-14-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 419-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LAS MOCEDADES DE TRISTÁN

*Du waerest zwâre baz genant:
Juvente bele et la riant!*

GOTTFRIED DE ESTRASBURGO

Señores, ¿os gustaría oír una bella historia de amor y muerte? Es de Tristán y de la reina Isolda. Escuchad cómo con gran alegría y dolor se amaron y luego murieron en un mismo día, él por ella, ella por él.

En tiempos antiguos, el rey Marcos reinaba en Cornualles. Rivalén, rey de Leonís, al saber que los enemigos de Marcos le hacían la guerra, cruzó el mar para ir en su ayuda. Lo sirvió con la espada y con sus consejos, tal como habría hecho un vasallo, y con tal fidelidad que Marcos le dio en recompensa a la bella Blancaflor, su hermana, a quien el rey Rivalén amaba con intenso amor.

La tomó por esposa en la iglesia de Tintagel. Pero apenas la hubo desposado, le llegó la noticia de que su antiguo enemigo, el duque Morgan, había atacado Leonís y reducía a ruinas sus aldeas, campos y ciudades. Rivalén aparejó las naves a toda prisa y se llevó a Blancaflor, que estaba encinta, hacia su lejana tierra.

Desembarcó delante de su castillo de Kanoel y confió la reina al cuidado de su mariscal Rohalt, a quien, por su gran lealtad, todos llamaban Rohalt el Mantenedor de la Fe. Luego, habiendo reunido a sus barones, Rivalén partió a la guerra.

Blancaflor lo estuvo esperando largo tiempo, pero el rey no regresó jamás. Un día, la reina se enteró de que el duque Morgan lo había matado a traición. No lloró; no hubo gritos ni lamentos, pero sus miembros se debilitaron hasta

quedar inútiles; su alma concibió un fuerte deseo de separarse del cuerpo. Rohalt se esforzaba en consolarla:

—Mi reina—le decía—, nada se gana arrastrando luto tras luto; ¿acaso no debe morir todo aquel que ha nacido? ¡Que Dios acoja a los muertos y proteja a los vivos!

Pero ella no quiso escucharlo. Tres días esperó para ir a reunirse con su amado señor. Al cuarto día, dio a luz a un niño y, tomándolo en brazos, le dijo:

—Hijo mío, durante mucho tiempo he deseado tenerte; ahora estoy viendo a la más hermosa criatura que haya nacido de mujer. Triste te doy a luz y triste es la primera caricia que te hago. Por tu causa tengo una tristeza que me matará. Y como has venido al mundo con tristeza, te llamarás Tristán.

Cuando hubo dicho estas palabras, besó a su hijo y, acto seguido, expiró.

Rohalt el Mantenedor de la Fe recogió al huérfano. Los hombres del duque Morgan ya estaban rodeando el castillo de Kanoel. ¿Cómo habría podido Rohalt mantener la guerra por mucho tiempo? Con razón dice el refrán: «Desmesura no es proeza». Tuvo que rendirse a la merced del duque Morgan. Pero por miedo a que Morgan matara al hijo de Rivalén, el mariscal lo hizo pasar por hijo propio y lo educó entre los suyos.

Transcurridos siete años, cuando llegó el momento de separarlo de las mujeres, Rohalt confió a Tristán a un sabio maestro, el buen escudero Gorvenal. Éste le enseñó en pocos años las artes que deben saber los caballeros. Le instruyó en el manejo de la espada, el escudo y el arco, le enseñó a lanzar discos de piedra, a cruzar de un salto los más anchos fosos, a odiar cualquier mentira y toda traición, a socorrer a los débiles, a mantener la fe dada. Le educó en los diversos modos de canto, en el arte de tocar el arpa y en el de la montería, y cuando el muchacho cabalgaba entre los jóvenes es-

cuderos, parecía que su caballo y él no formaran más que un solo cuerpo, y no hubieran estado nunca separados. Al verlo tan noble y orgulloso, tan ancho de espaldas y fino de talle, fuerte, fiel y valeroso, todos felicitaban a Rohalt por tener aquel hijo. Pero Rohalt, pensando en Rivalén y en Blancaflor, cuya belleza pervivía en el joven, amaba a Tristán como si fuera su hijo y en secreto lo veneraba como a su señor.

Pero toda su alegría le fue arrebatada el día en que unos mercaderes atrajeron a Tristán a su nave y se lo llevaron prisionero. Mientras los raptores navegaban hacia tierras desconocidas, Tristán se debatía como un joven lobo que ha caído en una trampa. Pero es verdad y lo saben todos los marineros: el mar lleva a disgusto las naves desleales y no es de ayuda en raptos y traiciones. Así, el mar se revolvió furioso, cubrió de tinieblas la nave y la llevó a la aventura durante ocho días y ocho noches. Por fin, los marineros divisaron a través de la niebla una costa erizada de acantilados y arrecifes en los que el mar parecía querer romper el navío. Los malhechores se arrepintieron, y conociendo que la ira del mar se debía al infausto rapto de aquel muchacho, juraron liberarlo y prepararon un bote para dejarlo en la orilla. En el acto, los vientos y las olas amainaron y, mientras la nave de los raptores desaparecía en la lejanía, las ondas tranquilas y alegres llevaron la barca de Tristán hasta la arena de una playa.

Tristán, con gran esfuerzo, escaló el acantilado y vio que, más allá de una llanura ondulada y desierta, se extendía un bosque interminable. Se estaba lamentando porque echaba de menos a Gorvenal, a su padre Rohalt y la tierra de Leonís, cuando el lejano griterío de una cacería alegró su corazón. En el límite del bosque apareció un hermoso ciervo. La

jauría y los monteros bajaban en su persecución con gran algarabía de voces y trompas. Pero cuando los perros ya tenían agarrado al ciervo, clavados los dientes en el cuero de su cruz, el animal, a pocos pasos de Tristán, dobló los jarretes y exhaló un bramido. Un montero lo remató con una estaca. Mientras los monteros, alineados en círculo, avisaban de la captura llamando con el cuerno, Tristán vio con asombro que el maestro montero hacía un profundo corte en el cuello del ciervo, como si quisiera separarlo del cuerpo.

—¿Qué hacéis, señor?—exclamó Tristán—. ¿Acaso se debe descuartizar a un animal tan noble como si fuera un cerdo degollado? ¿Es ésta la costumbre del país?

—Hermano—respondió el montero—, ¿de qué te sorprendes tanto? Sí, primero separo la cabeza del ciervo, después cortaré el cuerpo en cuatro partes y las llevaremos colgadas del arzón de nuestras sillas al rey Marcos, nuestro señor. Así lo hacemos nosotros, así lo hicieron siempre los hombres de Cornualles, desde los tiempos de los más antiguos monteros. Sin embargo, si conoces alguna costumbre mejor, enséñamela. Toma este cuchillo, hermano, y con placer aprenderemos.

Tristán se arrodilló y desolló el ciervo antes de descuartizarlo; luego despedazó la cabeza dejando intacto, como es debido, el hueso sacro; después cortó las extremidades, el morro, la lengua, las criadillas y la vena del corazón.

Los monteros y lacayos de jauría, inclinados sobre él, lo miraban embelesados.

—Amigo mío—dijo el maestro montero—, tus costumbres son muy buenas. ¿En qué tierras las aprendiste? Dinos tu nombre y tu país.

—Señor, me llaman Tristán, y aprendí estas costumbres en mi país, Leonís.

—Tristán—dijo el montero—, que Dios recompense al

padre que tan noblemente te educó. Sin duda será un caballero rico y poderoso.

Pero Tristán, que sabía cuándo convenía hablar y cuándo callar, respondió con astucia:

—No, señor, mi padre es un mercader. En secreto abandoné su casa en una nave que partía para comerciar en países lejanos, pues quería saber cómo se comportan los hombres de otras tierras. Pero si me aceptáis entre vuestros monteros, señor, os seguiré gustoso y os enseñaré otros placeres de la montería.

—Buen Tristán, me asombra que exista una tierra en la que los hijos de los mercaderes saben lo que en otros lugares ignoran los hijos de caballeros. Pero si lo deseas, acompáñanos y sé bienvenido. Te llevaremos junto al rey Marcos, nuestro señor.

Tristán terminó de despedazar el ciervo. Dio a los perros el corazón, los despojos de la cabeza y las entrañas, y enseñó a los cazadores cómo debe prepararse la porción que corresponde a los perros y la que sirve para cebos. Después clavó en sendas horcas los trozos bien divididos y los entregó a los distintos monteros: a uno la cabeza, a otro la grupa y los grandes filetes, a éste los hombros, a aquél las ancas y al otro el grueso de los lomos. Les enseñó cómo debían colocarse de dos en dos para cabalgar en buen orden, según la nobleza de las piezas de montería ensartadas en las horcas.

Entonces emprendieron el camino charlando, hasta que por fin distinguieron un hermoso castillo. Estaba rodeado de prados, jardines, fuentes, pesquerías y tierras de labor. En el puerto entraban numerosas naves. El castillo se erguía sobre el mar, fuerte y bello, bien preparado contra cualquier asalto y todas las máquinas de guerra; y su torre del homenaje, que antaño edificaron unos gigantes, estaba

hecha con bloques de piedra grandes y bien tallados, dispuestos como un tablero de ajedrez en verde y azul.

Tristán preguntó el nombre de aquel castillo.

—Lo llaman Tintagel, buen amigo.

—Tintagel—repitió Tristán—, ¡que Dios te bendiga a ti y a tus moradores!

Fue en este castillo donde tiempo atrás, con gran alegría, su padre Rivalén se había casado con Blancaflor. Pero esto, ¡ay!, Tristán no lo sabía.

Cuando llegaron al pie de la torre del homenaje, el sonido de los cuernos de los monteros atrajo hasta la puerta a los nobles y al mismo rey Marcos.

El montero mayor le contó al rey lo que había ocurrido, y éste admiró aquella cabalgata, el ciervo tan bien despedazado, y el hermoso sentido que tienen las costumbres de montería. Pero admiró sobre todo al gallardo muchacho extranjero, y sus ojos no podían apartarse de él. ¿De dónde procedía aquella ternura? El rey interrogaba su corazón y no podía comprenderlo. Señores, la causa de aquella ternura era su sangre, que se emocionaba y hablaba dentro de él, así como el amor que antaño sintió por su hermana Blancaflor.

Una noche, después de levantar las mesas, un juglar galés, maestro en su arte, avanzó entre los señores reunidos y cantó canciones acompañándose con el arpa. Tristán estaba sentado a los pies del rey y, mientras el juglar preludaba una nueva melodía, habló de este modo:

—Maestro, tu canción es hermosa entre todas; fue compuesta hace años por los bretones para celebrar los amores de Gaelent. La melodía es dulce, como dulces son sus palabras. Maestro, eres hábil con la voz, acompaña bien tu canción con el arpa.

El galés cantó y después respondió:

—Muchacho, ¿qué sabes tú del arte de los instrumen-

tos? Si los mercaderes de Leonís enseñan así a sus hijos a tañer el arpa, la cítara y la zanfonía, levántate, toma esta arpa y demuestra tu destreza.

Tristán cogió el arpa y cantó tan bellamente que los señores se enternecieron al escucharlo. Marcos admiraba al arpista que había llegado del país de Leonís, adonde años atrás Rivalén había llevado a Blancaflor.

Cuando Tristán hubo terminado su canción, el rey permaneció en silencio largo rato.

—Hijo mío—dijo por fin—, Dios bendiga al maestro que te enseñó y te bendiga también a ti. Dios ama a los buenos cantores. Su voz y la voz del arpa penetran en el corazón de los hombres, evocan sus recuerdos más queridos y les hacen olvidar penas y maldades. Has venido a esta casa para nuestra alegría. ¡Quédate mucho tiempo a mi lado, amigo mío!

—De buena gana os serviré, señor—respondió Tristán—, como arpista, montero y vasallo vuestro.

Así lo hizo, y durante tres años creció en sus corazones un mutuo afecto. Durante el día, Tristán seguía al rey Marcos en las audiencias o en las cacerías, y de noche, como dormía en la alcoba real entre los privados y los fieles, si el rey estaba triste, Tristán tañía el arpa para aliviar su pena. Los nobles lo querían, y más que todos, tal como os enseñará la historia, el senescal Dinas de Lidán. Pero el rey lo amaba aún más que los nobles señores y que Dinas de Lidán. Sin embargo, a pesar de su afecto, Tristán no hallaba consuelo por haber perdido a su padre Rohalt, a su maestro Gorvenal y la tierra de Leonís.

Señores, el narrador que quiere agradar no debe hacer los relatos demasiado largos. La materia de esta historia es hermosa y diversa, ¿de qué serviría alargarla? Diré pues brevemente cómo, después de haber errado mucho tiempo por mares y países, Rohalt el Mantenedor de la Fe desembarcó

en Cornualles, encontró de nuevo a Tristán y, mostrando al rey el rubí que años atrás éste entregara a Blancaflor como regalo de bodas, le dijo:

—Rey Marcos, éste es Tristán de Leonís, vuestro sobrino, hijo de vuestra hermana Blancaflor y del rey Rivalén. El duque Morgan posee sus tierras contra la ley, es hora de que el país vuelva a manos de su legítimo heredero.

Diré en pocas palabras cómo Tristán, después de recibir de su tío las armas de caballero, cruzó el mar en las naves de Cornualles, se dio a conocer entre los antiguos vasallos de su padre, desafió al asesino de Rivalén, lo mató y recuperó sus tierras.

Después pensó que el rey Marcos no podría vivir feliz sin él, y como la nobleza de su corazón le indicaba siempre el partido más sabio, mandó llamar a sus condes y barones, y les habló así:

—Señores de Leonís, he reconquistado este país y he vengado al rey Rivalén con la ayuda de Dios y la vuestra. Así he restablecido el derecho de mi padre. Pero hay dos hombres, Rohalt y el rey Marcos de Cornualles, que ayudaron al huérfano y al joven errante, y también a ellos debo llamarles padre. ¿No debo, pues, restablecer igualmente su derecho? Un hombre de bien tiene dos cosas propias: su tierra y su cuerpo. Así pues, a Rohalt, aquí presente, cedo mi tierra: padre, vos la mantendréis y vuestro hijo la mantendrá después de vos. Al rey Marcos cedo mi cuerpo: abandonaré este país e iré a servir a mi señor Marcos en Cornualles. Éste es mi pensamiento; pero vosotros sois mis leales, señores de Leonís, y me debéis consejo; así pues, si alguno de vosotros quiere indicarme otra resolución, que se levante y hable.

Pero todos los señores lo alabaron entre lágrimas, y Tristán, llevándose consigo sólo a Gorvenal, aparejó la nave para ir a la tierra del rey Marcos.